

La muerte civil.

El mito de la productividad y la condena de no ser útil.

1. Las condiciones de la condena.

Hay una escena que se repite en millones de hogares cuando alguien se jubila. La familia celebra el fin de la vida laboral, se brinda por el merecido descanso, pero, al cabo de unos meses, después de cerrar algunas tareas pendientes (un viaje soñado o una reforma en la vivienda) la persona que se ha jubilado empieza a sentirse incómoda. Se levanta sin prisa, pero cree que "debería" estar haciendo algo. Se siente culpable, mira a su alrededor y experimenta la sensación de que estorba.

La sociedad le ha enseñado que su valor como ser humano dependía de su trabajo y ahora, que ya no trabaja, siente que su vida ha perdido su propósito.

La tesis de este ensayo es que la sociedad occidental ha identificado el valor humano con la productividad económica. Cuando la persona deja de producir, no solo pierde ingresos, se desprende de su estatus, de su identidad y, lo que es más grave, interioriza la idea de que es una carga para los demás. Es la muerte civil de quien sigue vivo pero ha dejado de ser "útil".

Este ensayo desarrolla sucintamente cinco ideas:

- La educación y la cultura nos enseñan que la identidad se construye a través del trabajo.
- La jubilación se vive como un despido de la vida, donde la pensión se percibe como una limosna y no como un derecho.
- La pérdida de autonomía (física y económica) genera un profundo sentimiento de dependencia, culpa y hasta vergüenza.
- La sociedad descarta la experiencia de los mayores, sustituyéndola por la obsesión por la juventud.
- Es posible y necesario reivindicar el derecho a no ser útil.

2. La fábrica de la identidad.

Desde que somos niños, la sociedad nos hace la misma pregunta: ¿Qué quieres ser de mayor? Y la respuesta que se espera no es "feliz", ni "buena persona", sino una profesión. Aprendemos pronto que el éxito es ascender, producir y ser útil a los demás. El trabajo no es solo un medio de vida, es la fuente principal de identidad y estatus.

El sociólogo Max Weber lo analizó hace más de un siglo y concluyó que la ética protestante convirtió el trabajo en una vocación religiosa. Trabajar no solo era necesario, sino un deber moral. Y esa moral, secularizada, sigue operando hoy.

El sistema nos enseña que la persona que no produce es una persona incompleta y, cuando llega la jubilación, esa identidad construida durante décadas se desmorona.

3. El despido de la vida.

La jubilación no se vive como un premio, sino como una expulsión. De pronto, la agenda que organizaba la vida durante décadas desaparece. Ya no hay jefes, ni compañeros, ni rutinas. Y, sobre todo, ya no hay un sueldo que te devuelva la ilusión de que tu esfuerzo tiene un valor de mercado. La pensión, que en teoría es un derecho, se percibe a menudo como una carga para el Estado o para la familia.

Un amigo médico, al jubilarse, solía corregir a quienes le felicitaban: "Yo no me he jubilado, a mí me han retirado". La frase no es inocente. Retirar es apartar algo que ya no sirve, sacarlo de la circulación, como se retira un vehículo viejo o un billete de curso legal. El lenguaje administrativo lo llama "retiro laboral" para edulcorar la realidad, pero el mensaje que interioriza la persona es exactamente ese: "Ya no nos haces falta".

El jubilado, que ha interiorizado la lógica del sistema, se lo cree. Siente que su vida ha dejado de tener un propósito. Que solo le queda esperar. La sociedad no valora el descanso ni el ocio, valora la producción. Y el que no produce, siente que no merece lo que recibe.

4. El espejo de la dependencia.

La pérdida de valor no es solo una cuestión de estatus, es también una cuestión de autonomía. A medida que envejecemos, el cuerpo falla, la mente se ralentiza y, con ello, la dependencia de los demás aumenta. Lo que antes hacíamos solos, ahora necesitamos que nos lo hagan. Y eso, en una sociedad que ensalza la independencia y la autosuficiencia, es una humillación.

El jubilado siente que se ha convertido en una carga, que molesta si pide ayuda, que estorba si tarda demasiado, que es un problema si se pone enfermo. Y esa culpa no es natural, es el resultado de una sociedad que no sabe acompañar la vulnerabilidad. La dependencia no es un defecto, es una condición humana, pero el sistema nos ha enseñado a odiarla.

5. La experiencia descartada.

Hay una pérdida que va más allá de lo económico y lo físico, es la pérdida de la experiencia. En las sociedades tradicionales, los mayores eran los depositarios de la memoria, la sabiduría y los oficios. Eran respetados por lo que sabían, no por lo que producían. Hoy, en cambio, la experiencia se ha convertido en un lastre. El conocimiento del pasado no sirve para un mundo que cambia a toda velocidad.

La sociedad prefiere la juventud, la velocidad y la capacidad de adaptación. Y descarta a los mayores como si fueran objetos obsoletos. No les pregunta, ni los escucha, ni los valora. Y ellos, que sienten que su experiencia ya no sirve para nada, se retiran a un rincón de la vida social. Es la condena de no ser útil en un mundo que solo valora lo que brilla.

6. El derecho a no ser útil.

El punto de inflexión de este ensayo es la reivindicación de un derecho que parece impensable, el derecho a no ser útil. Una sociedad sana no debería medir a las personas por lo que producen.

El ocio, el cuidado, la transmisión de memoria o simplemente el hecho de existir deberían tener valor. La vida no es una empresa, es una experiencia que merece ser vivida hasta el final sin la presión de tener que justificarla constantemente.

Para lograrlo, hacen falta cambios profundos:

- Desmontar la ética de la productividad. Educar a los niños en la idea de que su valor no depende de su trabajo futuro, sino de su humanidad.
- Repensar la jubilación no como una expulsión, sino como una nueva etapa de la vida, con derechos y propósitos propios.
- Revalorizar la experiencia de los mayores, recuperando su papel como mentores, cuidadores y transmisores de sabiduría.
- Garantizar la autonomía económica y física de los mayores para que no se sientan una carga.
- Construir una cultura del cuidado, donde la dependencia no sea un estigma, sino una condición compartida.

7. La vida con propósito.

La muerte civil no es inevitable. Es el resultado de una sociedad que ha perdido el rumbo, de una sociedad que valora el tener por encima del ser y el producir por encima del vivir. Y la única forma de combatirla es reivindicar el derecho a la vida sin condiciones, a no tener que demostrar nada para merecer un lugar en el mundo.

La cuestión no es cómo hacer que los mayores vuelvan a ser productivos, porque eso sería perpetuar la trampa, sino cómo construir una sociedad que valore a las personas por lo que son, no por lo que hacen. Una sociedad que no despida a nadie de la vida, que entienda que la experiencia, aunque no cotice en bolsa, es un bien común y que la verdadera riqueza de un pueblo no se mide por su PIB, sino por cómo trata a sus mayores cuando ya no pueden producir.